

excelencia, el señor embajador de Italia, procedente de Fez y salido esta mañana de Larache en dirección de Tánger?

Parecióme que me caía de las nubes.

Después tomé una actitud severa y dirigí una mirada lenta sobre mi séquito, resplandeciente de júbilo y de majestad.

Y habiendo saboreado durante breves momentos las delicias de la recepción oficial, desengañé, suspirando, al viejo israelita, y le dije quién era.

Pareció un poco contrariado por la noticia, mas no por esto cambió su cortesía; pues me ofreció su casa para descansar, y como no aceptara, empeñóse en acompañarme hasta el lugar del campamento.

En consecuencia, dando la vuelta á la ciudad, sin penetrar en ella, nos dirigimos hacia la ribera del mar. ¡Ah! ¡si me hubiesen podido ver en aquel corto trayecto los dos pintores Ussi y Biseo! ¡Qué pintoresco efecto debía producir yo, representante de Italia, caballero en una mula, con una faja blanca ceñida en derredor de la cabeza, seguido de mi estado mayor, compuesto de un cocinero en mangas de camisa, de dos marineros armados de palos y un moro destrozado! ¡Oh arte italiano, cuánto te perdiste!

Arcilla, la Zilia de los cartagineses, la *Julia Traducta* de los romanos, pasada del poder de éstos á manos de los godos, saqueada por los ingleses á mediados del siglo x, convertida durante treinta años en un montón de ruinas, reedificada por Abd-er-Rhaman-ben-Alí, califa de Córdoba, dominada por los portugueses y reconquistada por los marroquíes; no es al presente más que una población de poco más de mil habitantes entre moros y judíos, rodeada por la parte de tierra, del mismo modo que por la del mar, de almenados muros

que se caen á pedazos; blanca y quieta como un monasterio, y bañada como las demás pequeñas ciudades mahometanas, de aquella dulce melancolía que hace pensar en la sonrisa de un moribundo que se siente feliz, viendo que la vida se le acaba.

Por la tarde, al caer el día, llegó el embajador, que vino al campamento después de haber atravesado la ciudad. Todavía tengo ante los ojos aquella numerosa cabalgata llena de color y de vida, que saliendo por una puerta almenada, avanzaba en pintoresco desorden á lo largo de la orilla del mar, proyectando su negra extensa sombra, sobre la arena iluminada por la luz del crepúsculo; y se renueva en



La embajada saliendo de Arcilla

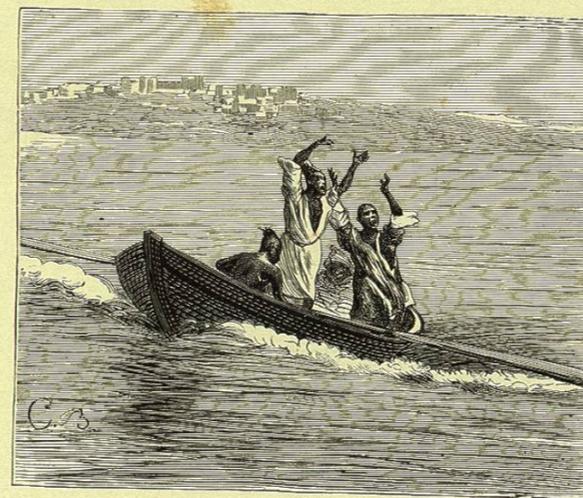
mi corazón la pena que sentí en aquel instante y que me hizo exclamar en mi interior:

—¡Lástima grande que deba disolverse este cuadro bellísimo, que encierra tanta África y tanta Italia; tan lisonjeras esperanzas y tan gratos recuerdos!

Porque, en efecto, en aquel punto puede decirse que tuvo término nuestro viaje; pues la mañana siguiente acampamos en Am-Dalia, y dos días después pisamos de nuevo las calles de Tánger, donde se disolvía la caravana en aquella misma plazuela del pequeño mercado, que dos meses antes había servido de punto de partida.

El comandante, el capitán, los pintores y yo, partimos juntos hacia Gibraltar, acompañándonos hasta la orilla del mar el embajador, el vicecónsul y todo el personal de la Legación. La despedida fué por demás afectuosa. Todos estábamos conmovidos, incluso el bondadoso general Hamed-ben-Kassen, que estrechando mi mano contra su robusto pecho, me dijo tres veces la única palabra europea que conocía: —¡Adiós!— con una voz que salía de lo íntimo de su corazón. En cuanto pusimos el pie en el buque, ¡cuán lejana nos pareció en el tiempo y en el espacio toda aquella fantasmagoría de bajáes, negros, tiendas, mezquitas y torres almenadas! No era solamente un país, era un mundo entero lo que en aquel instante desaparecía de nuestras miradas, y un mundo, que casi podíamos asegurar que jamás volveríamos á ver. Algo de África, sin embargo, nos acompañó á bordo, es decir, los dos Selam, Alí, Hamed, Abed-er-Rhaman, Civo, los criados de Morteo y otros buenos muchachos á quienes la superstición musulmana no había sido parte para que no quisieran bien á los nazarenos y les sirvieran con verdadero afecto. También éstos se despidieron de nosotros con vivas

demostraciones de cariño y de pesar, especialmente Civo, que haciendo ondear por última vez ante mis ojos su blanca y holgada camisa, estrechóme contra su corazón como un amigo de la niñez y me estampó dos besos en una oreja. Y luego,



La despedida

cuando el vapor se puso en movimiento, de pie en una lancha continuaron saludándonos agitando al aire sus fecs rojos, y gritando mientras pudimos oírlos:

—¡Alá sea en vuestro camino! ¡Volved á Marruecos! ¡Adiós á los nazarenos! ¡Adiós á los italianos! ¡Adiós! ¡Adiós!

FIN